



CRISIS y MISIÓN

Carta a los católicos de la Arquidiócesis de Santiago

Card. Fernando Chomali G.
Arzobispo de Santiago de Chile

Marzo de 2026

Queridos hermanos y hermanas,
Queridos fieles de la Arquidiócesis de Santiago

Siempre es una alegría muy grande entablar un diálogo con todos ustedes, fieles de la querida Arquidiócesis de Santiago. Por eso, una vez más, quiero dirigirme a ustedes para compartir esta reflexión fruto de un largo discernimiento y oración.

Cuando pienso en ustedes, lo primero que me viene al corazón es agradecer a Dios por el hermoso ejemplo que nos dan a todos. Es muy hermoso contemplar en ustedes tanto amor generoso con el que llenan sus vidas para vivir la fe cristiana con hondura, en los diversos ambientes en los que nos encontramos, familia y trabajo, parroquias y capillas, colegios y universidades, etc. Nunca dejo de dar gracias a Dios por ustedes, por vivir la fe y por sus esfuerzos por expandir el Reino de Dios.

Ahora bien, todo lo bueno que podemos apreciar en nuestra labor como cristianos, para bien de la Iglesia y de la sociedad en la que vivimos, no puede hacernos cerrar los ojos ante los grandes desafíos que tenemos. A veces nuestros temores, quizá una cierta complacencia, una indefinida perplejidad, o un claro derrotismo podrían afectar nuestra mirada y hacernos incapaces de ver los problemas que tenemos, o la gran crisis que hoy enfrentamos como Iglesia. Pero el Señor nos animó a no temer la verdad. *«La verdad los hará libres» (Jn 8,32)*, nos dice en el Evangelio.

Por eso quiero invitarlos ahora a mirar las dificultades que tenemos, pero con confianza y esperanza. No lo olvidemos, Jesús dijo: *«Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33)*. Es claro que no podremos ver nunca la solución si antes no vemos el problema (Chesterton).

Abrigo la esperanza que puedan leer este mensaje y reflexionarlo en familia o en comunidad. Vivimos un momento decisivo en la historia de la transmisión de la fe. A todos nos incumbe, si de verdad amamos al Señor y queremos que se haga realidad lo que canta el salterio: *«El cielo proclama la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos; [...] resuena su eco por toda la tierra y su lenguaje, hasta los confines del mundo» (Sal 18 [19])*.

1. ALGUNOS DATOS

Me ha resultado de sumo interés leer la publicación de la Pontificia Universidad Católica de Chile (2025) titulada *Dos décadas mirando a Chile 2006 – 2025. Veinte años de la Encuesta Bicentenario UC*. El estudio arroja resultados muy relevantes respecto de cómo los chilenos nos vinculamos con la fe. Es un texto que nos invita a reflexionar sobre lo que hemos hecho, y, sobre todo, nos anima a pensar en los caminos que debemos emprender para llevar a cabo una misión evangelizadora que sea renovada y atenta a los tiempos que vivimos.

Algunos datos, muy coherentes con otros estudios, nos dicen lo siguiente.

Veinte años atrás, el 90% de los encuestados decía creer en Dios. Hoy son sólo el 70%. Más compleja es la situación de nuestra Iglesia: si en el año 2006 el 70% de los encuestados se declaraba católico; en el año 2025, sólo el 44% lo hace. Si esa tendencia continúa, el año 2035 habrá un 60% de creyentes, y sólo un 34% se declarará católico.

En lo que se refiere a la participación litúrgica, vemos que, si bien hay muchas personas que siguen participando en las grandes festividades religiosas como Semana Santa, Inmaculada Concepción, o Navidad, sin embargo, son mucho menos quienes lo hacen inmersas en una parroquia, u otra comunidad que implique cierta pertenencia y compromiso en el largo plazo.

Dejando de lado las principales celebraciones que marcan los distintos hitos del año litúrgico, u otras celebraciones más locales, hay otra cuestión preocupante:

¿Qué porcentaje de esas mismas personas que se dicen ser católicas va a misa todos los domingos? Como todos sabemos, la cantidad de gente que encontramos un Domingo de Ramos dista radicalmente de la que se reúne semanalmente en la eucaristía.

La vida sacramental pareciera que se activa cuando una familia solicita en la parroquia una misa para un difunto, o pide la Unción de los enfermos para algún familiar en peligro de muerte. Evidentemente el hecho denota un sentido religioso que hay que valorar y acompañar. Pero ¿la parroquia no se ha convertido para muchos en una mera «dispensadora de servicios

religiosos»? El sacerdote mismo ¿no es visto como una especie de «funcionario de lo sagrado» a quien se acude cuando hay alguna emergencia? ¿Qué quedó de la imagen del pastor que es apóstol de Jesucristo, amigo y compañero en el camino de la fe?

Hay celebraciones litúrgicas que en su momento lograron arraigarse profundamente en la cultura de nuestro pueblo, como bautizos, primeras comuniones, alguna procesión o peregrinación, o el Mes de María, más propia de la piedad popular. Pero también esas prácticas han disminuido significativamente. Hay procesos catequísticos de Iniciación que habrían augurado un mayor compromiso por parte de los catequizandos, pero desde hace mucho que eso no es así.

Si echamos ahora una mirada al mundo de los jóvenes los datos nos dicen que son ellos quienes más se han distanciado de la religión y de la Iglesia católica. En 2006, el 12% no profesaba ninguna religión; en 2025, ese número se triplicó al 36%. Es muy doloroso constatar el caso de jóvenes que provienen de familias católicas, que estudiaron en colegios católicos y en universidades católicas y que abandonaron la fe, la misa dominical y todo vínculo con la Iglesia.

Esta información es impactante: en el año 2013 al 19% de los que se declaraban católicos no les interesaba mucho transmitir la fe a sus hijos. En el 2024 ese porcentaje aumentó dramáticamente al 57%. Son miles los jóvenes a quienes no se les trasmite la fe en sus hogares, que no van a colegios católicos y que no concurren a la parroquia del barrio. Esos jóvenes no han escuchado hablar de Jesucristo y no tienen vínculo alguno con la Iglesia. Ese grupo de personas irá en aumento y a pasos agigantados.

El año 2010, Chile contaba con 255 seminaristas diocesanos, en la actualidad son 77. Ya hay muchas parroquias sin párroco estable y en diez años más el escenario será aún mucho más desolador. Un sacerdote alemán me dijo: «En Alemania en los años 60 había cinco sacerdotes por parroquia, hoy hay cinco parroquias por sacerdote». Ya en Chile hay varios sacerdotes a cargo de varias parroquias y capellanías. Ya se comienza a sentir, y con justa razón, el agobio y el cansancio.

En lo que respecta al modo de vivir la fe y el compromiso cristiano, vale decir la vida moral propia de un discípulo de Cristo, es lamentable apreciar que

personas que se declaran abiertamente católicas se muestran partidarias del aborto, de la eutanasia, manifiestan una injusta desconfianza con los migrantes, o suelen estar involucrados en serios problemas de corrupción, provocando incluso escándalo en la opinión pública.

2. LO QUE HAY DETRÁS DE LOS DATOS

Los datos son muy desalentadores. Los números importan, no por sí mismos, sino por aquello que nos comunican.

Ciertamente, Chile cambió. ¡El mundo entero ha cambiado! Y estos cambios, como es natural, repercuten en la Iglesia, porque no estamos ajenos al mundo, sino que somos parte de esta cultura en la que vivimos.

Sabemos que este fenómeno no es exclusivamente nuestro, que otros países presentan un comportamiento parecido, y en algunos, algo peor. Sabemos también que sus causas son multifactoriales. Que no hay recetas para revertir esta situación. Con todo, como fieles cristianos estos datos nos desafían. Estamos obligados a intentar comprender el mundo en el que vivimos para poder salir a su encuentro con el mensaje salvador de Jesucristo.

Intentemos captar ahora aquellas experiencias que están detrás de la información que hemos recabado.

Sin pretender ser exhaustivo, llama la atención la valoración que hoy se tiene de la autonomía individual. De allí surge la subjetividad como un valor absoluto para decidir el destino de cada cual. Así, se hace cada vez más difícil la valoración de un bien «común», que implica muchas veces sacrificio o postergación de uno mismo. No es raro entonces que incluso las instituciones, también la Iglesia, cuya función tiene que ver con la inclusión de todos y formar un cuerpo, no encuentra un espacio justo en la vida de las personas y no se las suela tomar en serio.

Es relevante la poca consideración del valor de lo formalmente comunitario. En primer lugar, la familia, como una realidad fundamental que sostiene la vida de las personas, que fundamenta las relaciones personales y la relación con Dios; y también la falta de un sentido de pertenencia a una comunidad

más amplia. Esto ha llevado a que se comience a percibir cada vez más nítidamente la irrupción de la soledad, no sólo entre las personas mayores, sino incluso entre los jóvenes. Hoy hay muchos que no se lamentan de la falta de recursos materiales o económicos, pero sí de experimentar una gran sensación de vacío, abandono y angustia frente a un futuro cada vez más incierto. El 62% de los jóvenes se ha sentido solo en el último tiempo (encuesta UC). La encuesta Juventud y bienestar 2025 de SENDA señala que el 33% de los jóvenes declara sentirse un fracaso y un 44% declara no ser bueno para nada. ¡No podemos quedar indiferentes ante esta realidad! Porque Jóvenes sin sueños, sin ideales, y sin razones para vivir es el fracaso de la sociedad.

En ese contexto, los compromisos para toda la vida también perdieron sentido. Así se entiende la disminución dramática de los matrimonios y de la natalidad. Así se comprende también la tremenda depreciación por seguir una vocación sacerdotal o religiosa.

La indiferencia ante los graves problemas sociales se ha globalizado. Y también ha llegado a implantarse en la mente de los cristianos. El individualismo se ha ido instalando en todos los rincones de la sociedad, y si se trata de ser solidario, se hace en la medida en que sea algo acotado, y que no reporte molestia o incomodidad. Más bien se aspira a la satisfacción de «sentir» que se está haciendo algo por los demás. O sea, prevalecen las emociones más que la convicción de pertenecer a una comunidad a la cual uno se debe y en la que los más fuertes se hacen cargo de los más débiles.

Por si fuera poco, los abusos perpetrados al interior de la Iglesia, un capítulo traumático para todos, han intensificado la desafección por la Iglesia, cuestionando hondamente su relevancia en la sociedad.

Pues bien, hay que decir con toda claridad que este cambio en el modo de ser de los chilenos representa una grave crisis, realmente dramática, en lo que concierne a la fe de los chilenos.

3. UNA INVITACIÓN AL DISCERNIMIENTO

No faltan quienes plantean que no tenemos nada de qué preocuparnos, porque «Dios escribe derecho con líneas torcidas», o porque «los caminos

del Señor son insondables», pretendiendo que la ausencia de fe forma parte del plan de Dios y que, por lo tanto, nada podemos hacer. ¡Yo no creo eso!

Urge discernir los tiempos que vivimos. Escutar el corazón de la sociedad, reconocer el momento histórico en el que estamos como la oportunidad para descubrir dónde está ahora el clamor por una vida plena, cuál es el lenguaje de la búsqueda de Dios que hablan las nuevas generaciones, cuál la gramática con la que nosotros podemos salir a su encuentro.

Urge también identificar aquello que no hemos hecho bien y rectificar. ¿Por qué nuestro anuncio misionero no produce los frutos que deseamos? ¿Responde nuestra evangelización a las necesidades del hombre y la mujer de hoy? ¿Qué debemos hacer para que la Buena Noticia cale en los corazones de las personas y sea realmente luz para el mundo?

La crisis también puede representar un momento de gracia. ¿Cuántos eran católicos antaño más por tradición que por convicción? ¿Cuántos lo eran más por temor a un dios castigador, que por amor al Dios de las misericordias? Este puede ser el momento oportuno para que podamos manifestar al mundo el verdadero rostro de Dios.

Si muchas personas que se dicen católicas no conocen a su párroco, y se ha generado una distancia afectiva entre ellos y la comunidad parroquial, ¿no será el momento de redefinir las prioridades pastorales, de tal modo de privilegiar la sencillez de estar gratuitamente presente con los fieles, como padres y hermanos, más que otras labores que bien pudieran ser delegadas a otros?

Si múltiples reuniones de carácter pastoral nos dejan con cierto tedio y no nos entusiasman, ¿no será que estamos lejos de las fuentes de la gracia? En lo personal – y muchos sacerdotes dirían lo mismo- considero que la vocación sacerdotal y a la vida consagrada es fascinante. Aún en los tiempos complejos que nos toca vivir. Como decía Benedicto XVI, la vida cristiana es ir contra corriente, pero con la alegría de llevar consigo una verdad indiscutible, y una persona incomparable, Jesucristo. Con todo, es justo reconocer que, por lo mismo, es decir, por las dificultades que deben enfrentar los consagrados, un buen número de ellos, desencantados, han decidido dejar el ministerio. ¿No nos interpela esta realidad para volver a

pensar la valoración justa de los ministerios, lo que es verdaderamente esencial en éste?

Usando las palabras de Juan Pablo II, si no trabajamos de manera renovada, «con nuevo ardor, con nuevos métodos y con nuevas expresiones», la labor evangelizadora será absolutamente irrelevante. Tan simple como esto: o cambiamos o nos condenamos a ser insignificantes, y con ello, tendremos que reconocer que hemos fallado al mandato de Jesucristo: *«Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16,15).*

Si vemos una debilidad en la participación en las celebraciones litúrgicas ¿no será el momento de conocer más a fondo la riqueza que ellas contienen? Cuando no pocas personas se acercan a otras expresiones litúrgicas en las que ellos «sienten» más cerca la experiencia de lo sagrado, ¿no será relevante verificar si acaso nosotros hemos olvidado la trascendencia espiritual que supone celebrar los sacramentos? ¿Por qué hay quienes dicen que les cuesta «rezar» cuando están en misa, y por eso prefieren el silencio de un lugar apartado?

Los datos cuestionan profundamente nuestro modo de evangelizar al mundo juvenil. Constatamos que hay una profunda distancia entre el lenguaje y los métodos usados para evangelizar y el lenguaje de los jóvenes. Las redes sociales han reconfigurado la manera de pensar, de argumentar y de conocer. El método del pensamiento aristotélico-tomista, pertinente hasta hace algunas décadas atrás, ya no habla significativamente ni remece la reflexión juvenil. Nos falta aún para comprender este fenómeno en toda su profundidad. ¿Cómo formular las grandes convicciones cristianas de siempre con categorías de pensamiento que sean relevantes para el mundo de hoy? Necesitamos nuevos humanistas, amigos de la filosofía, de la teología, de las artes. Un día dije a un grupo de jóvenes que se aventuraran a estudiar filosofía o teología, y me preguntaron ¿y para qué sirve?

Es evidente que todas las orientaciones pastorales, los ingentes esfuerzos por atraer a las personas a Dios y a la Iglesia, los sínodos a nivel del Vaticano y de las diócesis, junto con los esfuerzos notables de parroquias y movimientos, así como el último Jubileo de la Esperanza –que movilizó a muchas personas, en general cercanas a la vida eclesial–, no han logrado entusiasmar ni convertir a las personas ni afectiva ni intelectualmente hacia Jesucristo y la vida eclesial.

4. LA CENTRALIDAD DE JESUCRISTO

Para nosotros, Jesucristo es el tesoro más valioso que hemos encontrado en el camino de nuestra vida. Él es el «tesoro escondido», la «perla preciosa» (Cf. Mt 13, 44-46), sin el cual la vida no encontraría jamás su plenitud. Es la gran respuesta de amor que Dios quiere ofrecerle al mundo. Luz en medio de la oscuridad, «camino, verdad y vida» (Mt 14, 6) para toda la humanidad, incluso para quienes parecen querer prescindir de Él. Fuente de justicia y de paz. Por él es que recibimos el don de la fe, la cuidamos y procuramos hacerla crecer.

Esa ha sido mi experiencia, la que constato diariamente. Esa ha sido seguramente también la experiencia de todos ustedes, laicos y laicas, sacerdotes y religiosas, y la de todos los que conformamos el pueblo de Dios.

Por eso duele la desafección de quienes abandonan la Iglesia. Duele que haya cada vez más personas que no conocerán la alegría del Evangelio, ni el bien que supone confiar en Dios. Es claro que esta no es la herencia que ninguno de nosotros quiere dejar a las futuras generaciones. Me consta el dolor de la gran mayoría de nosotros cuando vemos esta desoladora realidad en los miembros de nuestras familias y amigos.

Los cambios culturales que estamos viviendo son de grandes proporciones y exigen de nosotros un cambio de actitud. No se trata de demonizar la cultura emergente. Tanto los cambios que se han producido en la familia, en el modo de vincularse con la dimensión trascendente de la vida y con Dios, como en la relación con las redes sociales y el sentido que se le da a la vida fuera de lo virtual, nos obligan a repensar de qué manera el mensaje de Jesucristo –que es Palabra viva y actual– puede calar en lo profundo del corazón humano, para que sea significativo para la propia vida y la de quienes nos rodean.

No se trata de comenzar una «batalla cultural», expresión que parece intentar contraponer a unos contra los otros, sino de saber rescatar lo positivo de la cultura emergente, quedarnos con todo lo bueno, descartar todo lo malo (Cf. 1 Tes 5,21) y disponerse a pensar qué espacios son los que pueden ser iluminados desde la fe.

Necesitamos mayor hondura espiritual. El Papa Francisco hablaba de la «mundanidad espiritual» al interior de la Iglesia y el Papa León XIV, dirigiéndose a los educadores, los animaba a una mayor “profundidad espiritual” en su quehacer docente. Esa misma actitud se nos exige a todos los católicos, de modo especial a quienes estamos consagrados y a quienes hemos optado por el camino de Jesucristo como único camino de plenitud.

Antes de emprender cualquier iniciativa, lo primero es mirar a Jesús y su pedagogía. Mirarlo a Él puede parecer simple, pero no siempre lo es. Hay que despojarse de lo que creemos que es Jesús, de lo que pensamos que debería ser. El primer paso es encontrarnos con Él de manera directa: en su Palabra, en la Eucaristía, en los sacramentos, en la vida de la comunidad.

Habiéndonos encontrado con Jesucristo, podremos abrir el corazón a la escucha de su voluntad. Con ello, lo primero que hay que aclarar –y eso puede tomar años– es que la fe católica no es una moral, es decir, no es un conjunto de normas que cumplir para «estar bien» con Dios. Eso es un error. Podría suceder que las personas tengan un comportamiento moral intachable ante los demás, pero más por miedo que por una profunda convicción. De hecho, hay muchas personas que no se declaran católicas, pero tienen un comportamiento digno de ser imitado. Además, si hacemos creer que ser católico es únicamente «portarse bien», entonces necesariamente se podría pensar que los buenos forman parte de la Iglesia y quienes están fuera serían «los malos». Esa idea, lamentablemente muy difundida, es falsa y le ha hecho un daño enorme a la Iglesia.

5. UNA VIDA MISIONERA

Los diagnósticos están bastante claros. ¿Qué nos reclaman? La nueva cultura que ha emergido es una llamada a los cristianos para ofrecer creativamente una respuesta que llene de sentido a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

En definitiva, llegó la hora de que la Iglesia, más que disponerse a hacer una nueva misión, tenga alma misionera, es decir, que la evangelización forme parte de su identidad. Sólo a partir de allí podremos desglosar esa identidad en iniciativas y actividades varias.

Preocupémonos en generar en los católicos un espíritu misionero y de servicio, pues esa es la gran tarea. De ello dependerá el futuro de la Iglesia. El esfuerzo realizado hasta ahora, por una o varias razones que invito a discernir, ha sido insuficiente. El Papa Francisco nos animaba a ser una «Iglesia en salida», y ese llamado no puede quedarse sólo en el papel.

El desafío es enorme, pero vale la pena porque creer es fuente de alegría, de esperanza y de sentido. Ser católico implica reconocer que se tiene una vocación, es decir un llamado de Dios para vivir en el mundo. Eso significa que detrás de cada vocación hay un proceso que exige compromiso. Implica que todos los católicos que intentan, a pesar de sus debilidades, vivir su fe en el mundo –que salen a la calle a hablar de Jesucristo, que renuevan su amor a través de una vida espiritual– no están solos. Dios, a través de su Santo Espíritu está detrás, animando la vida de cada bautizado que con un corazón sencillo y esperanzado confía en Él.

En el Consistorio del pasado mes de enero, se afirmó con insistencia que la evangelización constituye una urgencia primaria en medio de este cambio de época, aunque aparentemente no haya quien lo reclame. Todas las civilizaciones de la historia se han construido sobre la base de la creencia en Dios. En esto, la nuestra no será diferente.

Sigamos trabajando por fortalecer la dimensión comunitaria de la Iglesia, por terminar con el clericalismo y por promover una participación más clara y activa de los laicos, además de una nueva forma de tomar las decisiones con cultura sinodal, es decir, en conjunto. Acompañémonos mutuamente, caminemos juntos con esperanza, desde Cristo y volcados a la misión. Ello exige el compromiso de todos, sin excepción.

Acompañar a cada persona de buena voluntad, a cada persona que compone el Cuerpo de Cristo, es tarea de todos, no solo de los consagrados. Es una labor que debe involucrar a las comunidades parroquiales, escolares y universitarias. Aún somos un número significativo de católicos que creemos en la importancia de la fe y en la misión.

El 44% de los chilenos que se declara católico es un número significativo y de entre ellos, muchos son verdaderos ejemplos de vida cristiana en sus familias, trabajo y vecindario. Los conozco y felicito, verdaderos héroes en medio de muchas hostilidades frente a la opción creyente.

Los números importan sólo en la medida en que nos dan un parámetro de nuestra realidad, lo que verdaderamente importa es que Cristo se haga presente en cada comunidad. Veo el entusiasmo en cada parroquia, movimiento y comunidad que visito. Eso es un tesoro inconmensurable. Me impresiona la perseverancia y, sobre todo, el celo de los sacerdotes para mantener vivas las comunidades. A ellos los animo a que se organicen de tal manera que sus comunidades se conviertan en comunidades misioneras en el lugar donde viven o trabajan.

Animo a quienes fomentan una pedagogía de la fe que permita experimentar el seguimiento de Jesucristo como fuente de vida verdadera, de alegría y de gozo perpetuo. Sólo Él nos trae palabras de vida eterna y un profundo sentido para nuestras vidas, fundado en el mandamiento del amor a Dios, al prójimo y a nosotros mismos. Ese amor recibido nos toma el corazón, la mente y las manos, y nos anima a vivir según el bien, a buscar la belleza y a dedicar la vida a los demás, valorando la dignidad de cada ser vivo. La vida moral es la consecuencia de haber experimentado el amor de Dios manifestado en su palabra y en la vida comunitaria.

La misión a la que los invito comienza por nosotros mismos. No hay evangelización posible si antes no nos dejamos asombrar por ese acontecimiento conmovedor que ha cambiado el curso de la historia: ¡Dios ha salido a nuestro encuentro en la persona de Jesús! Ese misterio de amor debe llenarnos de esa alegría que sostiene nuestro caminar.

Por eso no hay misión si no cultivamos una vida de oración. La oración litúrgica, en primer lugar, esa que nos reúne como comunidad para ofrecer el sacrificio de alabanza, ya sea en la Eucaristía, en el sacramento de la Penitencia, y otras expresiones de la liturgia de la Iglesia, como puede ser bendecir el inicio del día, los alimentos, o la encomendación. Y toda expresión orante que se deriva de ella, como puede ser la lectio divina, el Rosario, y otros actos de piedad. Ese es el comienzo de la conversión personal y pastoral.

No descuidemos la celebración del Domingo con la participación en la misa dominical, que es el germen de todo cambio, ya sea grande o pequeño. Celebro el cariño y dedicación de los equipos de liturgia, que permiten que la celebración sea sencillamente bella. ¡La belleza es importante! Ella nos

convence del bien que experimentamos cuando estamos los hermanos reunidos.

¡Cuánto desean los católicos ver sus capillas e iglesias parroquiales abiertas! Sin duda, las capillas de adoración perpetua han contribuido a generar este espíritu comunitario, de silencio y de oración que tanto bien hacen en medio del ruido de la ciudad.

Que nuestra presencia en barrios y en nuestros ambientes de trabajo exprese el talante cristiano de cada cual. Estamos llamados a estar presentes en las juntas de vecinos, en los cuerpos de bomberos, en los CESFAM, en definitiva, en todas las instancias donde se desarrolla la vida cotidiana. Será ese testimonio de servicio el que generará la pregunta y la inquietud acerca de qué significa ser católico.

Por otro lado, no duden en ofrecer la parroquia y las instalaciones de la iglesia en caso de real necesidad y respetando la naturaleza de ellas, para favorecer la vida de barrio. Hacerlo con entera gratuidad va a generar esos vínculos tan necesarios en una sociedad cada vez más individualista y de puertas cerradas.

¡Transmitamos la experiencia del Resucitado en las redes sociales! En ellas, mucha gente pasa gran parte de sus vidas. Más que demonizarlas, pensemos creativamente de qué manera podemos utilizarlas en favor de la evangelización. Las enseñanzas de Jesús y de la Iglesia, así como el testimonio de tantos católicos, pueden ayudar a generar una cultura propositiva y con sentido, también en las redes sociales.

Como lo dijo hace tiempo san Pablo VI, el mundo les cree hoy más a los testigos que a los maestros. Nuestra vocación es ser testigos de Jesucristo en la vida diaria. Ello requiere un profundo convencimiento de que fuera de Dios no hay plenitud. Es el testimonio aquello que más acerca a una persona al Señor y a la Iglesia, pero si es un anti – testimonio, también puede ser lo que más la aleje. El Concilio Vaticano II plantea que entre las razones del ateísmo en los tiempos que vivimos está el testimonio negativo que damos los propios católicos. Para ello es esencial una buena formación pastoral y teológica. Son múltiples las oportunidades que ofrece la Iglesia de Santiago para formarse en la fe y en otras materias.

La fe siempre va unida a la caridad. Qué gran testimonio podemos dar ante el mundo si nuestras comunidades respiran un ambiente de respeto y amor mutuo. Como les he recordado otras veces, la primera comunidad «*tenía un solo corazón y una sola alma*» (Hch 4,32). Esto se hace aún más evidente cuando tomamos conciencia social, es decir, cuando descubrimos los alcances sociales que tiene el mensaje del Evangelio, sistematizadas en las enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia.

+

Dejo en sus manos este mensaje queriendo infundir en ustedes la certeza de que Cristo está con nosotros hasta el fin de los tiempos. Es la promesa del Señor. He querido manifestar en estas líneas lo que constituye la gran preocupación de la Iglesia en nuestros días. Hacerse cargo de la crisis no es introducir pesimismo, sino estar atentos a los tiempos que vivimos para salir a su encuentro. Dios confía en nosotros.

Pidamos a la Virgen María, nuestra Madre y modelo privilegiado de discípula y misionera, que nos guíe hacia Jesús. Ella, llena de Dios, con Jesucristo en su vientre y en su corazón, o a los pies de la cruz en el Calvario, reconoció el sentido de su vida como un servicio de amor para los demás.

Cuando la Iglesia se acerca a la celebración de las fiestas pascuales, momento privilegiado para la vida de la Iglesia, les imparto a todos mi bendición,

SANTIAGO DE CHILE, marzo 14 de 2026.